

EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

SUMARIO.

TEXTO.—Los dioses de ayer y los dioses de hoy, por D. R. Blanco.
—Gaul. Poema de Ossian, traducción de V. Hugo, (continuación).
—La lira de una cuerda, por D. A. de Trueba.—Emplumadas.
Episodio de la última guerra civil, por D. V. Ruiz Aguilera.
GRABADO.—Interior de un corral.

LOS DIOSSES DE AYER

Y LOS DIOSSES DE HOY.

I.



ESPUES de tantos siglos de holganza, los dioses del Olimpo dieron en aburrirse como ellos suelen hacerlo: soberanamente. Reuniéronse, pues, con el objeto de arrojar de aquellos lugares ese otro terrible dios que conocemos hoy en día con el nombre de *Tedio*; se propusieron al efecto grandes fiestas para divertir á aquellas señoras diosas, que dormían perezosamente en sus lechos de nubes, y sólo se despertaban para bostezar de una manera escandalosa; tratóse de celebrar una carrera de caballos (y aún hay quien asegura que se llegó á ensillar el Pegaso), y, en una palabra, se redactó un programa grandioso, soberbio, piramidal...

Pero, ya porque los pareceres fueran opuestos, ya porque no se encontrara ni un céntimo en las arcas del tesoro, ó porque á Júpiter, sin el incentivo de otra Danae, se le hubiera olvidado la receta para convertirse en lluvia de oro... es el cuento que las cosas quedaron como estaban, y *todo dios* tornó á verse cariacontecido y cabizbajo, como los simples mortales.

De pronto Juno, que es diosa de arranque y gran inventiva, se levantó llena de alborozo, y extinguida la confusión que produjo tan imprevisto movimiento, dió á conocer su idea; no era otra que la de un proyecto para que todos los dioses y diosas tomaran las de Villadiego (frase muy usual en el Olimpo) y se marcharan por ese espacio infinito en busca de aventuras. Tiempo hacia que los dioses no se mezclaban en los asuntos de los mortales, y no vendría mal un viajecito de recreo, siempre ameno é instructivo cuando se hace con comodidad.

Aplaudióse el pensamiento y comenzaron los preparativos.

Cada dios unció á su carro el animal que le está consagrado; el águila á Júpiter, el pavo real á Juno, la paloma á Vénus, el mochuelo á Minerva, el cuervo á Hércules, etcétera; y despues de muchos saludos y despedidas por parte de unos y otros, cada cual tomó la ruta que mejor le convino, y el Olimpo se quedó más solo y triste que un teatro despues de la función.

Vénus, Mercurio, Marte, Saturno, Urano y Neptuno se dirigieron cada cual al planeta que lleva su nombre; otros dioses se atrevieron á traspasar las fronteras de nuestro sistema planetario, tomando como punto de residencia á Sirio, Capella, Aldebaran y otros mundos lejanos y desconocidos de los seres terrestres.

En cuanto á Júpiter, se decidió á viajar por la tierra, donde sabia que era á la vez adorado y temido; esperaba encontrar inmenso número de grandiosos templos consagrados á su divinidad, y, en una palabra, contaba con una gran ovación.

Tales pensamientos ocupaban la mente del terrible Júpiter mientras atravesaba el espacio que separa el cielo de la tierra, agujoneando sin cesar al águila, que ya era muy vieja y no le hacían gracia aquellos trotes, cuando de pronto fijáronse sus miradas en un sér de pequeñas dimensiones

que se movía rápidamente, merced á unas alas doradas que nacían cerca de los omoplatos.

Iba ya á interrogar al transeunte, cuando éste, deteniendo el vuelo y mirándole á su vez, exclamó alegremente:

—Salud, papá Júpiter.

—¡Hola! ¿Eres tú Cupido?

—Unos me llaman así, y otros el Amor; pero soy el mismo.

—¿Y por qué me llamas papá?

—¡Toma! Porque lo dijo Ciceron ya hace tiempo en su libro tercero *De Natura Deorum*.

—¡Vaya una razon, hombre! Pero, por lo visto, tú te dedicas á erudito?

—¡Psch! Algunas veces me traía Mercurio algun librote de allá abajo...

—Pues mira, no me llames papá, porque no me gusta cargar con culpas ajenas.

—¿De quién soy hijo entónces?

—Que te lo cuente tu abuela.

—¿Y quién es mi abuela?

—¡No lo sé!

—La verdad es que en el Olimpo hay tal galimatías en materia de parentescos, que nadie se entiende; pero, hablando de otra cosa, ¿á dónde vés?

—A la tierra.

—¡Qué casualidad! Tambien yo voy á ese planeta, si te parece, podemos hacer el viaje juntos.

—No tengo inconveniente; ¿y dónde has dejado á Vénus?

—No sé qué dios la hacía guiños y se marchó con él...

Y hablando de esta suerte Júpiter y Cupido volaron á más y mejor, adelantando á cada minuto millones de leguas, hasta que vinieron á dar con sus divinidades en la cima del Monte Blanco; allí se abrazaron cordialmente y cada uno tomó distinto camino, no sin que ántes se hicieran promesa de encontrarse en el mismo lugar trascurrido un año.

II.

Había dado ya Cérés una vuelta entera alrededor de Febo, por no perder la costumbre que tiene desde hace ya muchos miles de siglos, cuando puntuales á su cita se encontraron Júpiter y Cupido sobre la cima del Monte Blanco; pero ¡qué caras traían! Júpiter con un entrecejo que parecia una montaña, los brazos cruzados, gruñendo por lo bajo como un jabalí. Cupido con un

aspecto de niño contrariado que daba ganas de llorar con sólo verle.

Ambos trataron de disimular para no parecer ménos, y al querer sonreir Júpiter, se desató en improprios contra los mortales, y Cupido no pudo contener las lágrimas.

Cuando concluyeron de desahogarse cada uno á su manera, se sentaron sobre un ventisquero y mutuamente se pidieron explicaciones del viaje; Júpiter comenzó su relato diciendo:

—Tú ya sabes que en la tierra era yo objeto de especial veneracion; el número de magníficos templos que me habían consagrado era incalculable, así como el de sacerdotes que se dedicaban á mi culto; esto no te extrañará si recuerdas que mi voz de trueno espanta á los hombres y que mis flamígeros rayos anonadan cuanto á su paso encuentran.

Con semejante poder, era natural que al pisar este pobre mundo me revistiera de cierta majestuosa superioridad; pero me quedé absorto al observar que esos miserables hombrecillos no se cuidaban para nada de mí; mucho tiempo hace ya que ni un solo templo me levantan, y de los antiguos sólo se conservan las ruinas, como curioso recuerdo de aquellas épocas.

Lleno de zozobra, interrogué á un campesino, y al decirle si no me reconocía por el dios del cielo y de la tierra, se me puso á reir en mis barbas, y aún se atrevió á soltarme un par de mastines, que hubieran dado buena cuenta de mis augustas pantorrillas á no ser que escapé con viento fresco.

—Pero... ¿y tus rayos?—preguntó Cupido.

—¡Mis rayos!—contestó Júpiter con reconcentrada ira; no me hables de ellos, y escucha lo que me sucedió. Ardiendo en sed de venganza me subí á las nubes y organicé una magnífica tempestad; empecé á tronar de un modo estrepitoso, y los roncocos ecos se perdian en los valles y montañas sin que los hombres tomarán otra providencia que la de abrir unos aparatos especiales que ellos llaman paraguas, sin cuidarse para nada del ruido que se prolongaba sobre sus cabezas.

Yo, viendo aquello, apelé al último recurso, reconcentré mi pupila y de ella brotaron rayos y centellas que bajaron rápidas á las ciudades y á los pueblos; pero... ¡cuál no seria mi asombro al observar que mis rayos no me obedecían!

Quería destruir un edificio, afinaba bien la puntería, y el maldito rayo siempre iba á parar á una especie de varillas metálicas que en todas

partes veo erguidas y majestuosas como desafiando mi poder... ¿Te explicas tú semejante fenómeno? Bajé á las fraguas de Vulcano y le reprendí severamente por la mala calidad de los rayos que forjaba; pero me recibió con muy poco respeto, diciéndome que él no sabía fabricarlos mejores, y que me contentase con aquellos....

Recorrí despues toda la tierra y me convencí de que por estos barrios no valgo un óbolo, por lo cual pienso quedarme tranquilamente en el Olimpo y no mezclarme más en los asuntos terrestres, porque... (añadió en voz baja Júpiter) parece ser que anda por aquí un dios nuevo que sin duda es el que me ha derrotado.

—¿Y cómo se llama ese dios?—preguntó Cupido.

—*El Progreso*,—dijo sordamente Júpiter.

Callaron un momento y luégo le tocó á Cupido el turno de contar sus aventuras.

—Tambien yo creía,—dijo,—ser objeto de un sagrado culto por parte de los mortales, porque al fin y al cabo, por la ley de la naturaleza yo debo vivir miéntras vivan los que habitan el mundo; apénas llegué á una poblacion y entablé relaciones con unos amantes, me quitaron la venda para ver de qué color tengo los ojos; yo me vengué arrojándoles infinidad de flechas; pero se han endurecido tanto los humanos corazones, que parecen de roca; viajé por todos los paises para ver si encontraba alguno en donde se me tuviera en más estima, pero quedé desconsolado al ver la inutilidad de mis esfuerzos; ya tenia yo sospechas de que otro dios poderoso que llaman *Oro* me quitaba la parroquia, y vino á sacarme de la duda un poeta que encontré al llegar á España; este poeta se llama Vázquez, y como me viera pensativo se acercó á mí y sostuvimos el siguiente diálogo:

Poeta.—Tu imperio ya se acaba:
Guarda, niño, las flechas en la aljaba.

Cupido.—Pues y los corazones,
¿Cómo han de conquistarse?

Poeta.—Con doblones.

D spues de esto, me encontré solo y desamparado: algunos días me mantenía solo con el pan y cebolla de algunos escasísimos amantes que aún me adoraban, pero que acababan por renegar de mí cuando se convencían de que no les había mentido otro poeta que dijo:

Sed con cebolla felices,
Que ya el diablo tentador
Pedirá amor y perdices...
Y luégo... perdíz y amor,
Y luégo... sólo perdices.

—¡Huyamos!—exclamó Júpiter;—no quiero permanecer un momento en esta sociedad que odio, esta sociedad...

—Protectora de los animales,—añadió Cupido, sin saber lo que decía.

III.

Abandonaron, en efecto, la tierra, y desde la época de sus desengaños no se ha vuelto á saber de ellos.

RAMIRO BLANCO.

GAUL.

POEMA DE OSSIAN.

(CONTINUACION.)

«Fingal! Estoy yo solo por ventura
De pié sobre estas playas enemigas?
No hay en la oscuridad de este combate
Otra espada que brille con la mia?
El viento sopla hácia Morven. Rodando.
Van á Morven las ondas blanquecinas:
Gaul! Qué hacer? Desplegarás las velas?
Tus amigos no están sobre esta orilla,
Más qué dirá Fingal si al enemigo
Vuelvo la espalda? Qué es lo que dirían
Sus hijos y los héroes, si supieran
Que Gaul parte y la batalla evita?
Qué dirían los Bardos si encontrasen
Una nube no más sobre la límpida
Gloria del hijo de Morny? No temas,
¡Oh padre! que huya! En mi valor confía!
Si tu hijo evitase los combates,
Oh padre mio! tú enrojecerías!
Sí! Tus cabellos blancos, ese rostro
Venerable y augusto, ocultarían
Delante de los héroes de otros tiempos!
Tus suspiros el viento arrastraría
Sobre los valles de Estrumon. Las sombras
De los débiles, viéndote entre risas,
—«Ved al padre de aquel que huyó cobarde
De las playas de Ifrona!» esclamarían.



INTERIOR DE UN CORRAL.

No! Tu hijo no hará que se estremezcan
De furor bajo el suelo tus cenizas!
Como un rayo de fuego arde mi alma!
Oh, ven Morny! La tuya adormecida
Despierte ya sobre la nube inmensa
Que te arrastra en sus alas! Ven y mira
A tu hijo Gaul! Como un torrente
Cuando las lluvias del invierno hinchan
Las venas de los montes, en un cauce
Estrecho y desigual se precipita
Rugiendo oculto entre la hirviente espuma,
Era tu alma y lo será la mía!
Ogal, hijo querido!... Y tú, Evircoma!...
Más vuestros rayos, vuestra luz purísima
No se deben mezclar á la tormenta!
Esperad á que brille claro el día
Y el huracan y el trueno hayan pasado!
Las sombras de los héroes te miran
Gaul! Léjos de tí los pensamientos
Del amor, que tu brazo debilitan!
Ossian! Si tú estuvieses á mi lado,
Te inflamarias más que en la reñida
Batalla de Lathmon! Pero mi alma
Es como el génio ardiente que cobijan
Las tempestades; en ardor sombrío
Dentro de mí se vierte, me reanima,
Y sola y sin temor, al seno oscuro
Del turbulento mar se precipita.
Las olas en hirvientes torbellinos
Se rompen en las puntas de las islas,
Después, indiferente, sobre el carro
Del viento impetuoso se reclina!»

Ya por segunda vez escucha Ifrona
El eco de tu escudo estremecida.
Ay! entónces el fango y el herrumbre
No tu disco brillante oscurecian!
Con tus sonos Ifrona resonaba,
Y todos sus guerreros á porfía
Cercaban á Gaul. Su espada ardiente
El acha recordaba que derriba
Las verdes ramas del espeso bosque
Y el tronco secular de las encinas;
Delante de él caian los guerreros,
Sus armas azuladas, esparcidas
Estaban por el suelo. Todo el valle
De nuevos enemigos se cubría,
Y los pájaros negros de la muerte
Volteaban en torno de su víctima.
Has visto alguna vez una ola enorme
En medio de los mares, ¡Oh Malvina!
Retroceder furiosa y encrespada
Al tropezar con la ballena herida?

Has visto allá en la cima de esa ola
Mecerse las gaviotas reunidas,
De la ballena moribunda en torno
Sin osar á su presa en la agonía?
Tal los hijos de Ifrona, sorprendidos
Y llenos de terror, se detenian
Ante Gaul, al borde de su espada.
Pero ya el gefe de Estrumon vacila.
Va perdiendo sus fuerzas. Contra el tronco
De un árbol centenario se reclina;
Sobre su escudo azul, resplandeciente
Rueda su sangre en manchas purpurinas,
Las flechas se embotaron en su cuerpo...
Pero su espada entre sus manos brilla,
Su espada, que es el rayo de la guerra,
Su espada, que es metéoro homicida
Y de terror al enemigo hiere!
Más decidme, qué haceis en la colina,
¡Oh guerreros de Ifrona? tal empeño
En mover esa piedra y tal fatiga,
Para qué? Por ventura á las edades
Alzais un monumento que atestigua
Vuestra victoria de hoy? No! Como el bronce
Es rudo el pensamiento que se agita
En vuestra frente. Ya se balancea
La roca! Ya desciende!... ¡Oh Dios! Qué miran
Mis ojos! Ya rodando impetuosa
Sobre el héroe audaz se precipita!...
Ha caido Gaul! Contra el escudo
Aun se apoya doblando la rodilla,
Y tiembla el enemigo ante sus ojos
Cuando del valle oscuro se retira.
Ellos quieren que mueras como el águila
Sobre la roca solitaria, erguida,
Donde la tempestad la ha abandonado
Rotas las alas, pero siempre altiva.
Generoso Gaul! Ojalá el cielo
Nos hubiese avisado tu desdicha!
No hubiéramos oido de las vírgenes
Los cantos, ni las dulces melodías
De los Bardos. La espada vencedora
De Fingal, no durmiera tan tranquila
Cerca del muro, ni los bravos héroes
Sobre su lecho de hojas dormirian.
Nosotros sorprendidos contemplamos
A Fingal, levantarse de su silla
Y murmurar mirando hácia su escudo:
—«Por la espada de Luno, juraría
Que la aérea lanza de una sombra
Ha rozado mi escudo!... ¡No! Es que silva
El tormentoso viento de la noche!»
¡Oh sombra de Morny! Por qué con ira
No golpeaste el resonante escudo?

Por qué no apareciste á nuestra vista?
 Por qué á Ossian no digistes entre sueños
 «Alza Ossian, que Gaul pierde la vida?»
 Más ay! para velar junto á tu hijo
 Hacia Ifrona llorando te volvías!

La mañana aparece en las orillas
 Del Estrumon, sobre las claras ondas,
 De un letargo agitado por mil sueños
 Espantosos, despiértase Evircoma.
 Ella de los alegres cazadores
 De morven oyo el canto de victoria,
 Mas la voz de su amante no resuena
 Con las suyas. El eco de las rocas
 No repite en las alas de los vientos
 De su cancion las esperadas notas.
 Los bosques de Estrumon solo se agitan
 Con los suspiros de la triste esposa;
 Llega la tarde azul, y no distingue
 Una vela en el seno de las olas.
 Su alma está rendida y desolada.
 —«Gaul! Quién te retiene allá en Ifrona?
 Por qué, mi dulce amado, tú no vuelves
 Entre las huestes de Morven gozosas?
 Acaso sobre el mar las has perdido?
 Mas no! Que ya estarias en la costa!
 Cuánto tiempo es preciso que te espere
 Inclinada en lo alto de esta roca
 Que el mar golpea con eterno empuje?
 Cuánto tiempo ¡Oh Gaul! quieres que corran
 Por mis mejillas lágrimas de fuego,
 Rios de mi dolor que se desborda?
 Del hijo de tu amor ya no te acuerdas?
 Si no le has olvidado torna, torna
 A acariciarle como en otro tiempo!
 Las lágrimas de Ogal llevan las ondas,
 A los suyos responden mis suspiros!
 ¡Oh! si su padre le escuchase ahora
 Balbucear su nombre acongojado!....
 Ven, Gaul, á los brazos de tu esposa!....
 Mas ay! cuando recuerdo de mi sueño
 Una vision que entre la noche flota,
 Temo que de tu vuelta, amado mio,
 No suene para mi la dulce hora!
 Persiguiendo á las fieras de los bosques,
 Me ha parecido en la colina umbrosa
 Ver á los hijos de Morven. Entre ellos
 No he visto al jefe de Estrumon. Su sombra
 A lo lejos descubro. Está apoyado
 Sobre su lanza ensangrentada y rota.
 En un pié se sostiene solamente,

Su otra pierna aparece nebulosa
 Como una torre de humo. A cada soplo
 Del viento cambia de grandor y forma.
 Ah! ya estoy cerca de mi dulce amante.....
 Mas ay! Un viento del desierto sopla
 Y él desaparece!... Para mí los sueños
 Son hijos del temor! Nada me importan!
 Tú volverás, Gaul! Ante mis ojos
 Alzarás tu cabeza encantadora,
 Como el rayo de Oriente cuando mira
 Los brezos espesísimos del Cromba,
 Morada del silencio y de la niebla
 Que es frecuentado á veces por las sombras.

(Se continuará.)

LA LIRA DE UNA CUERDA.

Hay que convenir en que el afecto humano que por excelencia se designa con la palabra «amor» sin adjetivo, es fuente inagotable de poesía. Así se esplica que por ejemplo en el teatro, toda obra escénica que no tenga por alma ese afecto, parezca desabrida y fria aunque jueguen en ella otros afectos hermosísimos. Los cantos mas hermosos de la poesía han sido inspirados por el «amor», pero tambien el amor ha inspirado, é inspira y seguirá inspirando las mayores inepcias de la poesía, si es que poesía se pueda llamar á lo que canta el amor en necio.

Esa muchedumbre de jóvenes que se creen llamados al cultivo de la poesía apesar de que Dios no los llama por semejante camino, no encuentran en su lira mas cuerda qué tañer que la del amor; el amor á la pátria, el amor maternal, el amor filial, el amor á Dios, el amor á la naturaleza, el amor al arte, tantos y tantos amores, tantos y tantos afectos como comparten la dulce mision de inspiradores de la poesía no tienen para esos jóvenes valor ni belleza alguna si hemos de juzgar por el desden con que miran todos esos amores para limitarse á cantar uno solo, el «amor» sin adjetivo, que ya sabemos cual es. Este amor, el que tiene por principal incentivo la diversidad de sexo, es muy digno de cantarse y

ha inspirado á la poesía cantos muy hermosos siempre que los cantores no han sido rimadores vulgares, pero ¡qué tonterías no ha inspirado, inspira y está destinado á inspirar á los simples rimadores!

Aun muchos jóvenes que tienen elementos innatos para cultivar con gloria la poesía así que perfeccionen su gusto estético, parecen estar persuadidos de que su lira no tiene mas que una cuerda, la cuerda del amor sin adjetivo. Mas de cuatro veces jóvenes que andando el tiempo se han distinguido como verdaderos poetas, me han honrado acercándose á mi tímida y modestamente para que examinase y juzgase la colección de sus primeros ensayos poéticos y les dijese con toda franqueza lo que pensaba de ellos, y he tenido el sentimiento de ver que su lira no tenía más que la susodicha cuerda.—A los ojos de A.—A la sonrisa de B.—Al cabello de C.—A una flor que me dió D.—Tu amor ó la muerte. A. E.—Pensando en tí. A. F. Y así todo el alfabeto repitiendo á Fulanita y á Menganita, vulgaridades amorosas que se han dicho millones de veces y por tanto no deben haber costado grandes cavilaciones al rimador.

Siempre he procurado dulcificar á este la píldora, entre otras razones, porque probablemente así comenzaría yo, pero bien hubiera podido hársela dado en estos amargos términos:

—Pero, criatura ¿V. no tiene madre, no tiene patria, no tiene Dios, no tiene sol en el cielo, no tiene flores en la tierra, no vé en el mundo más que una hermosura, no siente en él más que un afecto? Enhorabuena que Fulanita y Menganita tengan una cuerda en la lira de V., pero lira de una sola cuerda por bien que se la pulse produce un cencerreo que no hay quien le aguante. La cuerda de Fulanita y Menganita le sonará á usted muy bien, pero, criatura, no vé V. que el prógimo no tiene las mismas razones que V. para que bien le suene esa cuerda? Entre col y col lechuga y quien dice lechuga dice Fulanita y Menganita, pero por los clavos de Cristo, no olvide V. que en la variedad está el gusto.

Hay ejemplos de no haberse tocado vulgaridades con la lira de una cuerda sola, pero es pedir peras al olmo pedir esas escepciones á la muchedumbre de metrificadores imberbes y aun barbados que por todas partes se nos descuelgan con imágenes y conceptos tan nuevos y profundos como estos: que las megillas de Fulanita averguenzan á las rosas y que nacen flores donde pisa Menganita.

Yo quisiera ver una cosa del tenor siguiente: que se colocasen en correcta formación desde Bilbao al mar ó sea en una estension de dos leguas largas y en actitud de ¡en su lugar, descanso! todos los metrificadores españoles de lira de una cuerda sola que de seguro tendrían que apretarse un poco para caber en tan largo espacio; que una vez formados así, apareciera por ejemplo Moratin ú otro maestro por el estilo á pasarles revista; que el maestro fuera haciendo puntear á cada cual un poquito la susodicha cuerda, y que conforme fuera oyendo el punteo fuese arrojando á la ría toda lira que no le sonase bien. No me cabe la menor duda de que la navegacion de la ría quedaría interrumpida hasta que la desembarazase de liras mal sonantes un buen «aguaducho,» porque la divina poesía se vería libre del cencerreo que más estraga su oído y su reputacion.

La lira de una cuerda es divina en mano de Petrarca, pero en vuestra mano, Petrarquillas que teneis por Lauras á Fulanita y á Menganita, es cencerreo que merece ser tañido por las olas que se estrellan en Arrigúnaga y la Galea.

ANTONIO DE TRUEBA.

EMPLUMADAS.

EPISODIO DE LA ÚLTIMA GUERRA CIVIL (1).

I.

Turba feroz, espantosa,
mediando apenas el día,
como á una fiesta corria
por las calles de Tolosa.

Iban allí confundidos
ancianos, jóvenes, todos,
de vino ó furor beodos
lanzando risas y aullidos;

que hasta en rostros femeniles
mirábanse retratados
los rencores engendrados
en las discordias civiles.

(1) Me inspiró esta composición hasta hoy inédita la noticia del hecho á que se refiere, publicado en el número del «Diario Español», correspondiente al 4 de Agosto de 1874, y antes en el «Diario de San Sebastian», de donde aquél la tomó. (N. del A.)

Ver querian el suplicio
que á tres *negras* se aplicaba,
y á nuestra Edad recordaba
los tiempos del *Santo Oficio*.

Pronto al bárbaro deseo
satisfaccion le darán;
el tamboril se lo anuncia:
¡Tan! ¡Tan! ¡Tarantán! ¡Tan! ¡Tan!

II.

La procesion ya comienza,
y ya el martirio, infecundo,
que asombro ha de ser del mundo
y de Tolosa vergüenza.

Cubriendo á las tres de ultrajes,
precédenlas *voluntarios*
de gestos patibularios
como sayones salvajes.

Gran golpe de rapazuelos
tambien á la fiesta asiste;
espectáculo más triste
ven hoy rara vez los cielos,
y corazones absortos
de horror (*¡ay!*) dudan presentes,
si niños son inocentes
ó son del infierno abortos

Y arrecian la gritería
los insultos y el desman,
cuando el tamboril resuena:
¡Tan! ¡Tan! ¡Tarantán! ¡Tan! ¡Tan!

III.

Las víctimas, detrás de ellos,
en asnos van—*¡qué proeza!*—
afeitada la cabeza,
sin corona de cabellos;

y el torso, de miel untado,
que ilumina sol sin brumas
todo cubierto de plumas
como el de mónstruo soñado.

Para escarnio más cumplido,
cercadas de bayonetas,
las tres tocan panderetas
de alegre y claro sonido,

Y á su lado el pregonero
repite, en son de victoria,
la sentencia infamatoria
de aquel grupo lastimero;
y torna la muchedumbre
á rugir como huracan,

cada vez que oye el sombrío
¡Tan! ¡Tan! ¡Tarantán! ¡Tan! ¡Tan!

IV.

Unos prorumpen:—*¡Dios viva!*—
—*¡Patria y Rey!*—otros vocean,
y se empujan y codean
cerrando la comitiva.

Las *espías negras* gimen
sufriendo el público alarde
con que la turba cobarde
perpetra su inútil crimen;

pues al odioso tormento
que al pudor abre un abismo,
une con torpe cinismo
el epigrama sangriento.

Y aún refieren que hubo ancianos,
del Evangelio doctores,
testigos de estos horrores,
que se lavaban las manos.

¿Serán sus sueños tranquilos?
¡Oh!, qué pocos dormirán,
sin oír en su conciencia:
¡Tan! ¡Tan! ¡Tarantán! ¡Tan! ¡Tan!

V.

Cuando en todo pecho brota
un nuevo gérmen de vida,
aún hay—*¡España querida!*—
quien te sube á la picota.

¡Juzga salvarte!—Se engaña;
siempre que así te presenta,
te afrenta; pero la afrenta
suya es toda, no de España.

En vano, en vano vestiglos
de la Edad que se derrumba
se levantan de la tumba,
mansion de los muertos siglos.

En vano sin tregua zapan
cual ciegos topos el mundo;
su pasado, sin segundo,
y el cetro se les escapan.

Y en tanto que vencer sueñan,
no saben que oyendo están
su muerte en la marcha horrible:
¡Tan! ¡Tan! ¡Tarantán! ¡Tan! ¡Tan!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Abril.—1879.

IMPRESA DE M. ROCA.—PALMA.